

Fernando del REY, *Retaguardia roja. Violencia y revolución en la guerra civil española*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019. 654 pp. ISBN: 978-84-17747-88-6.

El comienzo de la Guerra Civil española en julio de 1936 desató una oleada de violencia en los dos bandos en los que se dividió el país que provocó un régimen de miedo y terror que, desgraciadamente, suele ser común en cualquier guerra civil. En el territorio republicano se hacía en nombre de la revolución, esa que anunciaron los militares conspiradores y los líderes de los principales partidos conservadores desde la campaña electoral de las elecciones de febrero de 1936 pero que solo después del estallido de la contienda se hizo realidad. En el bando sublevado, los asesinatos se hacían en nombre de la contrarrevolución, para intentar restablecer el orden y la autoridad. Todos mataban. Actualmente, los últimos estudios estiman las víctimas de la violencia de guerra en toda España en unas 175.000, en torno a unas 50.000 en el bando republicano y 135.000 por la represión franquista (incorporando también las ejecuciones de la posguerra).

Retaguardia roja centra su objeto de estudio principalmente en la provincia de Ciudad Real, que se mantuvo durante toda la guerra en la retaguardia republicana. Pero sus reflexiones y conclusiones pueden considerarse válidas para la mayor parte del territorio controlado por la República, porque por lo conocido en otras provincias hemos podido comprobar que se actuó de forma similar, aunque variaran los porcentajes de muertos. El enfoque microhistórico ha permitido al autor conseguir un grado de profundización hasta ahora poco visto, lo que es de agradecer ante tantos libros que abordan el tema con demasiada ligereza y de manera superflua, a pesar de la importancia del asunto estudiado. El autor interpreta, arriesga y ofrece teorías explicativas que siempre están plenamente probadas por el arduo trabajo con las fuentes y una alta dosis de reflexión teórica.

El libro de Fernando del Rey supone una interesante novedad historiográfica al centrar su análisis en la violencia republicana. Normalmente se ha estudiado mucho más la represión franquista, tanto porque el tema ha atraído a más historiadores como por la accesibilidad a un mayor número de fuentes, especialmente después de la guerra, donde la mayoría de ejecuciones que tenían como objeto depurar las responsabilidades de la guerra civil quedaron contabilizadas en los *Libros de Defunciones* de los registros civiles y documentadas en los consejos de guerra sumarísimos.

En gran parte de trabajos especializados sobre la violencia republicana, o en las obras generales donde se trataba el tema, han abundado las generalizaciones, los arrebatos ideológicos y la falta de explicación. Se ha escrito mucho sobre el tema, pero en general mucho malo e incluso se podría decir que peligroso, por el odio que generaban buena cantidad de ediciones basadas en la *Causa General*, la *Historia de la Cruzada* y los martirologios diocesanos, principales fuentes de la historiografía franquista. Generalmente estaban más

cargados de ideología, odio y revanchismo que de ciencia. Durante los últimos años, el tema se ha intentado abordar más desde el punto de vista científico que ideológico, pero todas las investigaciones han contado con dos importantes limitaciones: el Registro Civil no funcionó durante los años de guerra, lo que ha dificultado enormemente a los especialistas la elaboración de análisis profundos y rigurosos; y la mayor parte de asesinatos fueron extrajudiciales, lo que no dejaba rastro documental.

En la minuciosa investigación del profesor del Rey, la *Causa General*, instruida por las autoridades judiciales franquistas para depurar las responsabilidades de la guerra, constituye una de sus fuentes principales, pero a diferencia de otros trabajos de parecida temática publicados con anterioridad, la rebasa ampliamente contrastando su información con la que se ofrece en otras fuentes documentales de carácter judicial (consejos de guerra y sentencias de tribunales populares, principalmente) y una amplia documentación extraída de archivos municipales y del Archivo Histórico Provincial, entre otros muchos. También resulta destacable el esfuerzo del autor con la consulta de un amplio número de títulos de periódicos de la época y de la realización de numerosas entrevistas orales.

Fernando del Rey inserta la investigación, como no podría ser de otra manera, en el contexto internacional y nacional de la época. Si no fuera así, difícilmente podrían entenderse los acontecimientos tan traumáticos que narra. Como buen especialista de la Europa de entreguerras, analiza la violencia política como síntoma y consecuencia de la *brutalización*, radicalización, intransigencia y exclusión política, temas sobre los que el autor tiene ya una reconocida trayectoria investigadora con títulos imprescindibles, algunos de ellos como director, como *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*; *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*; *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*; y *Políticas del odio. Violencia y crisis de las democracias en el mundo de entreguerras*.

En la provincia de Ciudad Real hubo 2.292 víctimas, según Fernando del Rey, lo que viene a incrementar la cifra ofrecida en estudios clásicos, como el de Salas Larrazábal (2.246), y en la *Causa General* (2.265), aspecto que sorprende (lógicamente para mal) porque en la mayor parte de trabajos de investigación realizados con nueva metodología y fuentes en otros territorios en los últimos años se reducen en torno a un 20-30 % las víctimas de la violencia republicana aportadas por Salas. Durante la posguerra se contabilizaron 2.758 ejecuciones, como sabemos con bastante seguridad por la investigación dirigida por el profesor Julián López, publicada bajo el título *Para hacerte saber mil cosas nuevas*.

La violencia de guerra guarda relación, en gran parte, con la violencia de la Segunda República, rompiendo en cierta manera la tesis sobre *la lógica de la violencia en la guerra civil* de Stathis N. Kalyvas (Madrid, Akal, 2010), para quien la explicación hay que buscarla en el propio discurrir del conflicto, porque las preferencias, estrategias, lealtades e identidades se construyen y reconstruyen en el transcurso de la contienda. El autor relaciona los sucesos de Castellar de Santiago (1932) y otros conflictos de la provincia anteriores a julio de 1936 con la violencia de la guerra, lo que la sitúa como una continuación, una etapa superior de la conflictividad de los años precedentes, que se llevó por medio la vida en toda España de 1.545 personas o 2.629, según tengamos en cuenta o no a las víctimas de la revolución de octubre de 1934, según Eduardo González Calleja (*Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República española, 1931-1936*).

Para del Rey, en la provincia de Ciudad Real también se evidenciaron viejas rencillas y rencores. Al tratarse de poblaciones generalmente pequeñas, donde casi todos se conocían, para bien o para mal, en muchas se presentó una cierta dosis de salvajismo por librarse entre vecinos y familiares conocidos, siempre cercanos, lo que hizo que la violencia en esta

provincia fuera de las que presentaron un mayor porcentaje de muertos en relación con la población de toda la zona republicana.

En numerosas ocasiones, como analiza *Retaguardia roja*, la tradición pesó, pero también hubo en la violencia de los primeros meses de guerra componentes nuevos. A la sed de venganza ante el enemigo se unían otras causas para matar. La violencia se realimentaba a sí misma, al conocerse lo que pasaba en el otro bando. Por ejemplo, lo sucedido en la zona republicana estaba muy condicionada por la durísima represión del ejército sublevado en Galicia, en Andalucía y en Extremadura durante el primer mes de guerra. También incidían claramente las derrotas militares, la llegada de refugiados con sus relatos de horror y los bombardeos sobre la población civil.

Otra de las más interesantes aportaciones de este libro es que por fin entierra la vieja idea de que la violencia republicana fue obra de incontrolados, incluso delincuentes, intentando disculparla o justificarla, mientras la franquista era una represión organizada y planificada desde el propio Estado y ejecutada por el Ejército, por lo que no merecía ningún perdón. En 1999, Julián Casanova (*Víctimas de la guerra civil*) ya advirtió que no se debería “descargar demasiado las culpas en los *incontrolados*, en esos que parecían moverse por su cuenta, a los que tantas veces se alude para explicar los actos más extremos de violencia”. Todavía en 2011, Paul Preston (*Holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*) viene a defender que se trataba de una violencia “caótica”, “espontánea”, “incontrolada”, realizada por anarquistas y “criminales”.

Para Fernando del Rey la violencia tuvo dos fases. La primera, en los inicios de la guerra (julio de 1936), se caracterizó por la *violencia caliente*, indiscriminada, sin ningún tipo de organización, principalmente fruto de la venganza hacia los rebeldes y sus aliados. Se llevó por delante a 157 personas. A la segunda, entre agosto de 1936 y primeros meses de 1937, la denomina de *limpieza selectiva*. Se trata de una represión extrajudicial, organizada desde o en las cercanías de las instituciones del Estado (principalmente los ayuntamientos y las policías municipales y, sólo tangencialmente, el Gobierno Civil), partidos políticos y organizaciones obreras y comités populares y revolucionarios (sobre todo los Comités de Defensa). En muchos casos, los objetivos estaban predeterminados, incluso en algunos casos seleccionados tras un proceso de votación o de discusión en los comités, que articularon la mayor parte de la represión. Para la preparación se llegó a veces a establecer redes entre distintos municipios para buscar objetivos concretos allá donde estuvieran, como provincias limítrofes o Madrid, donde habían intentado pasar desapercibidos.

También resulta sumamente interesante el capítulo dedicado al humanitarismo y solidaridad, totalmente novedoso en los estudios de este tipo. En diez de los 98 municipios de la provincia no hubo víctimas. En ellos funcionó una especie de solidaridad comunitaria. Los vecinos pensaron que estaba por encima su identidad a una guerra impuesta. También hubo líderes políticos que trabajaron sin miedo y con tesón por acabar con la sangre de la revolución, como el antiguo revolucionario de La Solana Melitón Serrano, al que algunos le reprocharon esta actitud: “¿Melitón, es que te has hecho fascista?”, le decían. Estos líderes del humanitarismo no siempre tuvieron su recompensa por Franco, que los fusiló terminada la contienda.

El libro resulta todo un ejemplo de historia social, de historia humana e inhumana, porque se centra en los hombres y mujeres a los que les tocó, por desgracia, vivir en uno de los momentos más convulsos de nuestra historia. Ofrece no solo el nombre de víctimas y verdugos, sino también su rostro lleno de dolor, sufrimiento y padecer, como si de una fotografía se tratara. Junto a la humillación de las víctimas se palpa también la miseria y arrogancia del asesino que dispone de un arma y de impunidad. En muchos casos no solo se habla de la muerte, también se refleja el ensañamiento y la tortura física y psíquica que hacían de la violencia todo un ritual.

En suma, se puede decir que *Retaguardia roja* es un libro importante, novedoso y valiente, que a nadie dejará indiferente. El autor muestra una gran capacidad para escribir y para relacionar muchos aspectos, personajes y lugares. Nada queda suelto ni sin explicación, lo que es difícil cuando se trata de contar, comprender y explicar al mismo tiempo, objetivo que logra Fernando del Rey con un espléndido resultado. El libro supone un trabajo de investigación modélica, del que se aprende mucho más que de muchos tratados de metodología.

Francisco ALÍA MIRANDA
Universidad de Castilla-La Mancha
Francisco.Alia@uclm.es